

# Street fighter

Daniel Ferreira

Ya a los quince años tenía una intuición preliminar de todo eso. Un ser de luz anclado al fondo del abismo. Como un pez de colores en un tanque hermético, y el tanque lleno de negra agua podrida. La cisterna de un inodoro que barrerá tu propia inmundicia. Y sucedió lo peor: que me hundí aún más en el pozo buscando escapar, pero no encontré nada. Porque no sabía nada. Ni siquiera de mí. No tenía ninguna idea del muladar al que fui expulsado del vientre cálido de mi madre un mes de julio. No se me había muerto un ser querido todavía. No conocía el dolor. No le temía a la muerte. Cuando besaba a una niña, lo necesario era meterle la verga en la boca, si no entonces besar no era besar. Y en esos términos era como yo me defendía en el amor. Por la misma línea de sentimientos postizos, algo que creía conocer de cerca era el odio, pero en verdad era sólo resentimiento con antifaz. Creía, de una manera indefinible, sentir que el odio circulaba por mis venas. Tenía, pues, un cuarto de siglo y odiaba a la humanidad entera que entre cadenas gime. Odiaba el colegio. Odiaba a una ex, hija de fotógrafo, que había preferido irse con su familia (modelo posmoderno) a la ciudad que quedarse conmigo en el pueblo (modelo pedestre). Odiaba a mi padre y su ausencia de abandono. Vivía con la mujer más luctuosa del mundo, que era mi madre, en el hotelucho para raleas que ella administraba con mucho esfuerzo (lavando tendidos cuando tocaba lavar, porteando a la madrugada cuando tocaba portear) y todo por mantenernos en forma junto con mi hermana, hija de otro gecónido que nunca respondió por su crianza. Y yo no quería más que saber en ese tiempo de juegos de video y peleas sangrientas por triunfos virtuales. Mis horas se iban diluyendo entre oír una estación de radio que hacía un programa de sexo, misterio y rock para jóvenes sonámbulos y noctámbulos, enlazando oyentes barriobajeros en todas las cloacas del país por intermedio de la voz indiscreta y lúbrica de una locutora sensual (una de esas putas al

aire que saben más de la efervescencia sexual que cualquier psicólogo de universidad estrato seis, divorciado y opusdei de mediopelo) y luego prolongar el sueño hasta la hora de ir al colegio a prestar el cadáver al salón de las clases, mientras la imaginación se me embrollaba haciendo geometría apática con las nubes atrás del ventanal, y ya en el crepúsculo, después de haber callejeado toda la tarde, nuevamente, correr a despilfarrar la plata que hurtaba del cajón de la recepción del hotel en descuidos imperdonables de mi hermana, para escindirme de todo, en tanto me batía la hiel en una pantalla de centellas hipnotistas frente a lo más distintivo del combate callejero de las diferentes naciones del globo, junto con otros gañanes iguales de extraviados a mí (distintivos éstos de los barrios más bajos del pueblo) con los cuales me relacionaba hasta la “compinchería”, que en la acepción mía era una palabra de noble raigambre que se parecía mucho a la lealtad, funcionaba con las mismas reglas de la amistad, pero que en la semántica del uso local tenía un aura de vicio y pernición que la hacía distinta de cualquier lealtad y amistad sana. En mi fuero interno, ansiaba matar de cualquier modo (a veces lapidado, a veces empalado, a veces fusilado) a mi padre disidente o en su defecto al maestro de álgebra que de puro cascarero me pasaba al tablero cuando no había estudiado, y cuando alguien me preguntaba por qué tenía la cara sombría y rígida como si anduviera siempre con un calambre intestinal de mierda dura, yo lo amenazaba con que un día iban a tener que descolgarme de la rama de un árbol con el cuello morado, la verga muy tiesa y los ojos brotados. La lógica del suicidio creo que consiste en que uno se amenace a sí mismo, pero entonces yo vivía amenazando a todo mundo con mi suicidio (menos a mí). El Clan de la Consola, como nos autodenominábamos los frecuentadores de aquel *gimnasio mental* donde no se pensaba en nada que no fueran secuencias de botones para combos de puño y patadas

triples, me inspiraba confianza, y servía para distraerse muy bien (si de hacer bromas y malversar la vida se trataba), pero no recuerdo a nadie que haya perdurado en el museo de reliquias afectivas como el mejor amigo de ese tiempo. No lo tenía. Sencillamente, estaba solo. Tratando de empezar algo, pero sintiéndome cada vez como el comienzo de todo. Siempre como al comienzo, y cada vez más descreído de poderlo lograr: quería devorarme una zagala, pongamos por caso. Probar a hacerle el sesenta y nueve y la felación y el cunilingus en una piedra inmensa de la quebrada. Pero en lugar de escribir cartas de amor a las candidatas, me masturbaba en sus nombres. Y me veía como un neandertal de mazo y taparrabo en aquella piedra. Y me sentía mal. La única ocupación placentera la representaba ese vicio tremendo por los juegos electrónicos hoy arcaicos de Xbox y arcadia que tanto me ufanaban (y que casi dejan en bancarrota a mi pobre mamá) y el roce placentero con el alcohol que desde entonces me hacía cortejos en las estanterías de las tiendas. Una borrasca de mierda y escombros de todo lo que había sido se acercaba en mí, pero nadie lo advertía y ni yo mismo me daba por enterado. Por la noche me encontraba más lánguido y miserable que nunca, sentado toda la noche en un andén expiando una calle vacía. De día me iba a desquitar del mundo en la sala de maquinitas y en la superioridad fingida de un duelo virtual, a ver si así cauterizaba las estrías del alma.

Para El Clan de la Consola (la cáfila de jugadores que se daban cita en la sala de juegos electrónicos) había un código de honor en establecer las jerarquías de ganadores y perdedores entre quienes frecuentáramos el lupanar: los registros de los campeones: los tops de récord en las maquinitas de arcadia. Quien no figurara en los cinco primeros lugares que almacenaba la memoria de la consola de esas cajas prestidigitadoras electrónicas era porque se merecía el título infame de “perdedor” sin futuro. Quien no hubiera estado en los créditos luminosos de la pantalla como el mejor combatiente, el más sangriento samurai, el más devastador de los luchadores, el que más conectaba puños y hurricane kick y patadas mortales en una calle virtual, era porque hasta en la vida real lo esperaba el fracaso. Había dos tipos de juego compulsivo: los de pelea, y los de aventura. Los segundos daban, a quien cumpliera todas sus claves, un aire de intrepidez que se parecía mucho a la inteligencia y la sagacidad. Los primeros ofrecían en los bonus la ilusión de ser campeones en algo a quienes en realidad éramos perdedores en todo. Por eso preferíamos los de pelea. Por eso preferíamos pasar muchas horas frente a esas pantallas luminosas, sintiéndonos campeones en algo, desconectados de nuestro mundo nebuloso (aunque al final siempre tocara salir de madrugada a deambular las calles neblinosas del mismo pueblo miserable).



Didier Franco, *De noche todos los gatos son pardos*

Para no dejar que nos hiciera pedazos el aburrimiento después que misió Cancerbero, Carmenza Cerbero, la dueña del local, cerraba la portezuela de las maquinitas con el recaudo del día, fue que nos hicimos adictos a la manzanilla. Y con el primer trago de alcohol barato abrí los brazos a la desazón. Mi primer contacto con la bebida recuerdo que fue un día del cual no recuerdo nada excepcional, salvo que estaba en la misma rutina de levantarme tarde, llegar tarde al colegio, jugar maquinitas hasta tarde y retrasar el sueño hasta la madrugada. Al cierre de la jornada virtual, cuando la persiana de hierro crujió detrás de nosotros y supimos que nuestro día al fin había terminado porque nos habían cerrado el gimnasio mental, nos encontramos con las manos en los bolsillos un quinteto de perdedores que no queríamos llegar aún a la asquerosa cárcel paterna y nos hacíamos los idiotas en pleno andén sin darnos cuenta de que no teníamos ni amigos, ni nada, y que sólo teníamos en común el mismo vicio pendenciero que nos dejaba vacíos a la medianoche.

—¿Qué hacemos?

Pregunta proveniente del más grandulón, cabeza rapada, manos compulsivas.

De nombre: Alex.

De alias profesional: Mojonero.

(Que lo apodábamos así porque mojón es sinónimo de bollo, excremento en algún lugar del Chocó lejano y este ganaba siempre sus combates virtuales de pura mierda).



Didier Franco, *Ver para creer*

—¿Qué hacemos, niñas?

Y todos nos miramos los ojos hundidos y la mandíbula flaca.

Tocaba hacer algo, mientras llegaba morfeo.

(O la esclerosis).

Y al oscuro Joel fue a quien se le ocurrió:

—Hagamos una vaca y compramos manzanilla.

Tal vez nunca diría nada tan inspirador él (que era un negro más bien pusilánime carente de iniciativa, y quien unos meses después les hizo caso a unos transfugas y se fue de patrullero a las minas de oro y coca de otro departamento donde lo mató en un combate real una granada de fragmentación verdadera), pero Moncho dijo:

—Hágale, que yo pongo mil para la vaca.

—Y yo pongo otros mil, careculo —dijo Ferney.

—Y yo pongo otros mil, perrohijueputa —dijo Memo...

(O sea: el memoso... el anemioso... o sea yo, que fui bautizado así debido a mi semblante cadavérico mucho tiempo atrás por un famoso pedagogo que me dio primer año y cuando no le hacía la tarea me tiraba las orejas y me sacudía a coscorrón puro, y me ridiculizaba diciendo: "Anemiosito: ¿Hizo la tarea? ¿No? ¡No la hizo! Pobrecito el anemioso").

Yo ni sabía que la manzanilla era el trago de los pobres ni sabía de qué estaban hablando, pero así como contribuí con la plata de mi madre a comprar cuatro litros de ese fermento aguanoso con que los españoles celebran la fiesta brava, del mismo modo me habría dado lo mismo contribuir si hubiera sido bareta o cocaína, o lo que se hubiera propuesto de buena manera para conjurar la molicie. Yo no sabía nada del mundo en ese tiempo. No sabía de la guerra en Bosnia, no sa-

bía de las protestas en Lituania, no sabía lo de la plaza de Tiernan, no sabía del genocidio en Somalia, no sabía de Hitler ni del bogotazo. No llevaba las cuentas de los últimos tres mil años, para saber qué había pasado con ese desastre de vida. No sabía nada de nada, ni siquiera de mí. Me sentía astrológicamente solo. Y entonces apareció el alcohol, y entonces no pude hacer más: me arrojé a sus efluvios sin compasión.

Esa noche salimos a vagar con El Clan de la Conso-la por las calles desiertas de los barrios más lejanos, y a medida que el humor se nos fue subiendo con el hervor del alcohol y fragor de la brisa, las cosas más absurdas empezaron a apoderarse de nosotros.

Mojonero propuso:

—Ey, maricas: a que no son capaces de partir un contador con el puño limpio...

Y Ferney, el de cuerpo rechoncho y músculos inflamados, saltó a la rejilla con un dragon punch (que era una forma de ataque con el brazo inclinado que tenían los jugadores de Street Fighter) y destrozó el cristal.

Corríamos y nos reíamos como pandilleros adictos. No había miedo a policías, ni escuadrones de la muerte que nos detuviera la efusión. En una esquina del Buenos Aires, uno de los barrios sin pavimento de la vía circunvalar, atisbamos un grupúsculo de pendencieros que departía con una botella de vodka en el andén. Ellos tenían de quince a diecisiete (el mayor tal vez veinte) y cuando íbamos casi enfrente, se callaron la jeta para vernos pasar. Algo de ese silencio repentino debió de ofender al que llamábamos Moncho, que todo barroso y atarván como era no tuvo pereza en gritarles si era que nos habíamos parecido a la puta y su madre, y entonces los manes se elevaron del piso con ganas de golpear: "¿Qué dijo, perrohijueputa?".

Mojonero se quitó la correa y relumbró la hebilla. Cuando me di cuenta, todos nos habíamos quitado la correa también para darles, y los otros manes se la habían quitado también para darnos. Y así fue como nos encendimos por todo lado, nos dimos pata y puño y hebillazos en ese barrio enemigo, nos moretíamos la jeta con puños de upercut y patadas dobles de hurricane kick, y al final, cuando alguien vio el reflejo de un carro en la avenida y gritó que venía la policía, gonorreas, y todos salimos corriendo y como un perro me lamí la sangre que escurría de una cortada en la frente por dejarme conectar un mal hachazo mientras huía por el callejón del ancianato, entonces fue que supe que el mundo real era más duro que el virtual, pero que se podía vivir en él, siempre y cuando hubiera un litro de alcohol escondido bajo tu cama para atenuar el más inexplicable de todos los castigos: el de haber nacido.

No sabía de mujeres. No había leído poesía. Sentado en el atrio, se aparecía la hija del fotógrafo. Golondrina. Una zagala con cara de mosquitamuerta que te veía pasar y lo destrozaba todo con su ofensiva apariencia punk: pantalón caído, blusas de color, pelo asexual. Era pequeña y era foránea. Con todo lo que valía entonces en un pueblo baladronero y provinciano como el tuyo parecer de otro origen, era un verdadero acontecimiento una niña así, y su modo de vestir, y su antialérgico atravesándole el tabique, y su cigarrito colgándole en los labios, y sus amigos siniestros. Sólo sabía de ella que se llamaba Golondrina, como los pájaros que vuelan a la hora de las sombras largas. Pero parecía que el mundo entero hablaba de ella, y de repente me juré abordarla. Era un mundo de hienas en la pradera africana y a los dieciséis años no había intermediarios. Por eso un día que la viste pasar y sentarse solitaria a fumar en el atrio echaste al bolsillo la timidez y saliste a su encuentro sin importarte nada. Un maquinero torpe y sin tacto que hablaba sin parar a tu lado te siguió como un perro faldero y tuviste que lidiar con una indiferente charla de dos para tres. Insultaste en tus adentros al maquinero, pero no había nada que hacer: tuve que conocerla y coquetearla a la indirecta, con preguntas que no evidenciaran que me moría por meterle la verga en los labios. Supiste entonces que era Géminis, o sea prepotente y egocéntrica. Supiste entonces que su ascendiente era el temible y ególatra Sagitario y que por eso le iba mal en el amor. Supiste que eran diecisiete los años que llevaba en el mundo y que no estaba muy contenta con eso. Se aburría casi todos los días. El pueblo le parecía feo y tosco. Todo lo que les pareció sublime y monumental a quienes crecieron en esas montañas erizadas de ceiba, a tu hermosa zagalilla le pareció estúpido y anodino. Por lo que concluiste que si estaba allí no era precisamente gracias a su voluntad. Te contó que venía de lejos, que era huérfana de madre, que nunca había tenido un lugar

estable para organizar una vida. Dijo que lo único que sabía hacer era aburrirse. Así que en media hora debió de gustarte más ella que cualquier licor que hubieses paladeado. Así eras a los trece años, devoto de una religión barata: creyente de la palabra vacía, convencido de que una muchacha que hablara con la misma sintaxis trascordada con que muchos años después escribirías, entendería de tus podredumbres, pero tal vez nunca sería tuya. Jamás. Te amo, colibrí, pensante, antes de dejarla en paz en su infierno musical. Después se alejó con sus medias de mallas rotas, y al final, frente a ti, sólo el rostro del perro faldero que te perseguía de cerca preguntando: “¿Le gusta, pirobo?”. Por supuesto que me gusta, imbécil, y de no ser por usted se lo hubiera metido en esta calle. “Entonces invítela a bailar que estamos en ferias, mijo”. No era tan idiota como parecía aquel oscuro compañero de lides y de nombre Joel. Así que la invitaste a la verbena. Y al otro día bailabas apretado a su cuerpo uno, dos, tres, tantas canciones como tocaran los nuevos Corraleros del majagual en la tarima con la hija del fotógrafo: Golondrina Fitzgerald, la apetecida, la que se avergonzaba acaso de su verdadero nombre: Orfea, Diosella, o Dioselina. Había muchas otras parejas alrededor, de suerte que estaban unidos cuerpo con cuerpo. Sentías cómo sus senos calientes se apretaban contra tus huesos entumecidos. Estabas ya cuatro cervezas en las venas y le besabas el cuello sin mucho titubeo. Ella no se molestaba. A las dos de la mañana te pidió que la acompañaras a su casa. Caminaron por unas calles vacías y sucias por el fragor de la feria. La abrazabas para protegerle los hombros desnudos del viento, y te preguntó por qué razón eras así con una desconocida. “¿Así cómo?”, dijiste. “Así de especial”, repuso. Tú no sabías lo que ella entendiera por especial, porque eras un tipo ordinario, y ella un ángel caído que se volvió antropeide erguido, pero trataste de entender haciendo un esfuerzo. “Porque usted no tiene miedo de hablarme ni de que lo vean conmigo. Usted no es hipócrita. Y eso me gusta. Usted me gusta”. Caminaron en silencio desde entonces, y al llegar a su casa sobrevino el deseo y le acariciaste las tetas. Tenía los labios elocuentes de un pececillo, y una forma de libarte la lengua con ellos y un modo de subirse la falda hasta la pelvis que te hizo sentir celos de las muchas veces que quizás habría tenido sexo esporádico en diecisiete años la muy puta y foránea y madre de miles de abortos. Detrás de la puerta de hierro fue el único sitio discreto para alzarle la falda que hallaste. Y el modo en que recibió tu río caliente en la boca un momento después fue lo que te hizo tocar las puertas de la rebelión luciferina. “Se pasa bueno contigo”, te dijo, y se limpió una mancha blanca en los labios con el dorso de la mano. Y la viste alejarse con los zapatos en la mano para saltarse la verja y hacerte adiós con la mano desflecada antes de desaparecer por la reja. Al fin, pen-



sabas: al fin los tiempos de las flores y las alondras. No tengas miedo imbécil, es puro amor. Y se te ocurrió llevarla pronto a la porción más bella del mundo que conocías: Las Tetas de la India, los cerros más altos y atractivos de La Cordillera de los Cobardes, detrás de la aldea, donde entonces acababa tu reino.

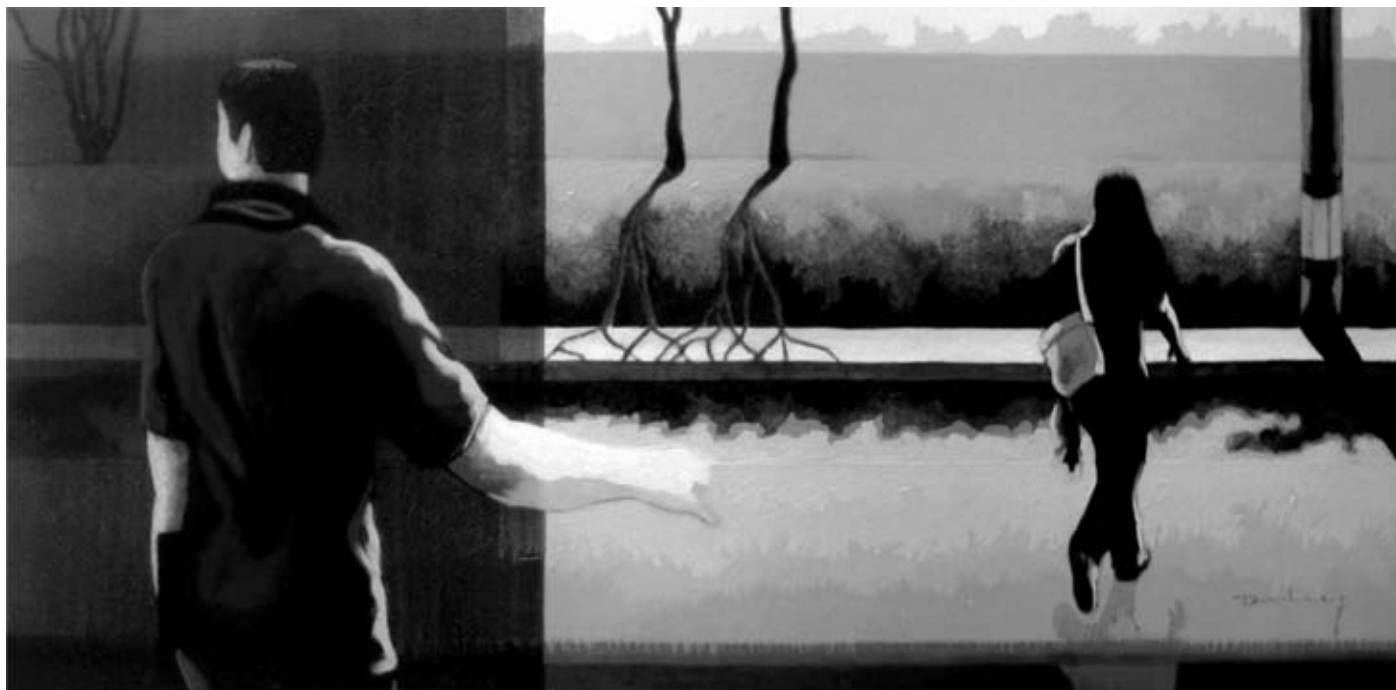
Preparaste la expedición con arroz y una lata de sardinas vencidas, y partieron los dos para esos montes forrados de niebla un lunes en la mañana. Ambos con uniforme, porque ambos tenían clase aquel día, pero ambos evadidos del colegio y llenos de confianza en la buena voluntad de Lucifer. Muy poca gente debió de verlos tomar el camino de piedra que construyó un alemán dipsómano del siglo XIX, pero ya entre esos pocos hubo algún indiscreto que no dudó en correr a ventear al colegio que los había visto volarse, que a una parejita, que parecían de octavo, señor, calva ella, mechudo él. Mientras tanto, tu verga se ponía enhiesta debajo del agua helada y vinotinto, y ella te decía que despacio para que pudieras retrasar la eyaculación, y que cambiaran de posición, y que te iba a empezar a querer poco a poco en la medida que pasaran los meses, pero debía ser un secreto para no compartir con nadie porque la iban a tratar de asaltante de cunas al ser un poco mayor que tú. A las tres de la tarde volvieron de su día de asueto y se dijeron adiós con un beso salivado en las primeras casas del pueblo. Tú te fuiste directo al hotel que tenías por casa, y entraste flotando en una nube de ilusión, cuando vino tu hermana a aterrizar con gritos: “¿Qué le pasa, majadero, se volvió loco? ¿Quiere que mi mamá nos saque los trapos a la calle? Del colegio llamaron y dijeron que usted y esa marihunera se habían volado, y que mañana mismo los iban a expulsar”.

Ese y un supuesto aborto, fueron los escándalos más grandes del colegio en todo aquel año solar. Nos hicieron consejo académico. Citaron a la honorabilísima asociación de padres para penalizar el agravio. Todos nos miraban con ojos decepcionados, y yo le apretaba la mano por debajo del escritorio para protegerla de tanta hostilidad. Buscaron mi expediente y se dieron cuenta de que me había peleado con medio colegio. Buscaron el de Golondrina y hallaron sanciones diversas por fumar yerba mala con el uniforme puesto y evasiones múltiples, pero debió de parecerles eso más grave en una mujer que tus hurtos de calculadoras y tu propensión rijosa a desencadenar peleas sangrientas en los pasillos, y entonces, por ser cuatro años mayor que tú, y por ser mujer, la encontraron culpable, la expulsaron del colegio, y a ti te dieron una simple sanción de cuatro días que te acreó un raro prestigio y cierta representatividad entre la variopinta local. El padre de Golondrina, que era fotógrafo y había creído la versión de su hija de haber hecho aquel paseo para contemplar la diversidad de la naturaleza prodigiosa de nuestra aldea, estaba furioso —más

con la honorable asociación de padres del colegio, que con Golondrina—, y amenazó con entablar una demanda legal para joderlos por expulsar a su hija y negarle el derecho constitucional a la educación. Pero finalmente desistió en el acto, aceptó que aquel villorrio estaba hecho más para la mamasantería y la mala leche que para ser artista y decidió migrar a fotografiar la luminosidad de otros lugares menos hostiles.

La última vez que te viste con Golondrina eras ya la viva imagen de la decadencia, gañán: pelo revuelto, ojeras profundas, manos temblorosas de tanto beber y fumar. “No se ponga así, que usted sabe que la vida es larga y en pelea larga hay desquite”, dijo Golondrina revolviéndote los flecos del pelo desgredado. “Mejor diga que no se va a olvidar nunca de mí...”. Pero tú no sabías lo que era la vida, y que ella se fuera lo querías menos, y a ella la odiabas por aceptarlo con tanta sumisión, y odiabas a la rectora por hijueputa, y al coordinador disciplinario por malparido, y a la asociación de padres por un algoritmo interminable de insultos combinados, y a la grandísimaputa por habernos parido a todos y a la humanidad entera que merecía la extinción. Se fue de tu vida dejando una desolación y un cráter que a primera vista no se llenaba sino con alcohol, una camisa impregnada de su perfume empalagoso y un deseo de embrutecerte con canciones estruendosas y escribir en esos cuadernos, que llamaste bitácoras desde entonces, el diario de tus peores días.

Era eso la juventud: una isla de fantasía en el centro de un mar de aguas podridas. Con la ida de Golondrina, todo volvió a su lugar, pero volvió mal; trascordado. Sentía las horas languidecer y sobrepasar los sesenta minutos y pasar sobre mí, avejentándome. Asistir a una jornada absurda de colegio era una tortura. Cuando lograba recuperar la atención el profesor hablaba de las cruzadas o del Sacro Imperio Romano-Germánico o de casos de factorización algebraica de Aurelio Baldor. Hasta ir al podio de las maquinitas me empezó a parecer vacío y estúpido. Sentía que algo mío se había ido en el pubis edificante de esa mujer. El cuerpo se me empezaba a poblar de vello hirsuto y de espinillas y barros, y la desgracia pareció simpatizar conmigo. Hablaba casi con nadie, y sabía que mi madre sospechaba de mí y de mi raro aislamiento en la hamaca del patio. Siempre escribiendo en el cuaderno de tapas rojas o leyendo revistas, siempre elevado en pensamientos incongruentes, siempre apático para ayudarle en las labores de su hotel e impedido para entablar conversaciones de cortesía con los clientes habladores del hospedaje para viajeros de paso y parejas de adúlteros que era nuestro hogar. Siempre sorbiéndome un trago de tetra pack color criptonita para enfrentar la miseria y refrenar el hastío. Mi hermanastrita decía en burla que a mí ya se me estaba definiendo la idiotez en la cara de bobo. Y los maquineros, que mis



Didier Franco, *Por la sombra*

pérdidas y mis múltiples fracasos en la consola tenían fundamento en el culo de la hija del fotógrafo, y cuando me vencían estrepitosamente en el ruedo virtual, venía la palmada servil en el hombro y la justificación diciéndome que era una etapa, que ya me pasaría la mala racha y que sería de nuevo el mismo.

—Pajéese menos, anemioso.

Pero yo nunca volví a ser el mismo después de desear en cien noches de insomnio constante el lubricante viscoso de la vulva de esa mujer. Para llevar en alto su coño ausente intenté inspirarme una revancha en las maquinitas y logré humillar a cada integrante del combo de la consola en el transcurso de una tarde inspirada jugando con Ryu el de *Street Fighter*, y ellos probaron revancha después en *Samurai Shodown*, y también terminé derrotándolos al filo de la medianoche con Ukkyo cuando la misia Cancerbero ya nos había extorsionado lo suficiente y cerró las puertas de su infierno dejándonos huérfanos, llenos de encono, en la calle vil.

Entonces todos se fueron envenenados después de anunciar mi retiro laureado de los juegos electrónicos, y yo los vi alejarse refunfuñando y diciendo que les había resultado más mojonero que el mierdero de Mojonero porque era mierda confundida con suerte. Yo les mostré una sonrisa ofensiva y superior y miré con ironía al Mojonero que aún no había decidido marcharse después de su derrota humillante y me escrutaba con un aire de extraño desafío.

—¿Qué pasa, Mojonero, aún no se la cree?

—Lo creo, pero no me impresiona su racha, mariaca. A que no se le mide un tiro al blanco con un tote de verdad.

Y se levantó la camisa para enseñarme el perfil de níquel de un Smith y Wesson calibre 38, corto.

Yo sentí que un salivazo me bajó espeso por la garganta, y miré para todas partes sólo por constatar que de veras estábamos solos.

—Las niñas no deben andar armadas, Mojonero. ¿De dónde sacó eso?

Se rió de mi fingida confianza y dijo que por ahí, que prestado, que no importaba:

—¿Se le mide a disparar? Está vacío pero yo sé quién nos vende unos plomos...

Entonces se me metió en la cabeza que debía seguirle el juego a Mojonero y no demostrarle miedo porque de otra forma me la montaría y se iría por ahí diciendo que yo le tenía culillo.

Así que lo acompañé a una cantina justo frente a la estación de policía del Parque Central (que estaba por entonces bordeado de célebres cantinas de narco y malandro con nombres de célebres parajes que no eran de allí: La Bastilla, El Marne, El Tivoli) y yo lo esperé en la acera, mordiéndome las uñas hasta echar sangre.

Volvió con un puñado de tiros, y puso cinco en mi mano. Y entonces noté con sorpresa que las falanges me temblaban.

—¿Mucho miedo, Memo?

Pero no le contesté. Me eché las balas al bolsillo y lo seguí sin mirarlo.

—¿Adónde vamos?

Pero él tampoco contestó.

Lo seguí por unas calles que empezaban a quedar desiertas en la neblina, y entonces comprendí que íbamos al único barrio donde nadie se sorprendería de oír plomo en una noche cualquiera: el barrio adonde no iba la policía: el barrio bajo, donde la vida no vale nada; el que debe quedar anónimo para no molestar a los muertos.

En una esquina se detuvo Mojonero y sacó el revólver de la pretina. Me lo alcanzó y ordenó:

—Póngale balas.

Yo lo cogí sin saber cómo, y él se fue a la esquina contraria donde había una casa antigua de paredes encaladas que destacaba en medio de lotes vacíos de la urbanización incipiente. Cuando me di cuenta, en el muro blanco había un parche oscuro y redondo y niquelado que Mojonero había sacado y había colgado de cualquier modo.

—Aquí hay que darle.

Y golpeó, y sonó metálico.

Yo estaba empezando a cagarme de miedo:

—¿Quién vive en esa casa, Mojonero?

—Nadie... ¿Se va a cagar?

—Hermano: ¿Quién vive en esa casa?

—Na-die. Ya le dije.

Pero era pura mierda porque ahí había un letrero enorme que decía: Trigopán. Y yo creo que eran evangélicos los que vivían en aquella casa (porque evangélicos eran casi todos los dueños del monopolio de las panaderías que había en Colombia y en el Tercer Mundo), y me imaginé a la sudorosa familia amasando panes a esa hora y tirados en el piso un minuto después, rogando a Jehová, ese dios cruel del Antiguo Testamento, para que no les fuesen a tumbar el rancho cuando sonara el pri-

mer disparo, y los imaginé también llorando por el resto de la noche y empacando las maletas a la mañana siguiente para irse en el primer bus como amenazados y sobrevivientes de una amenaza que nunca tuvieron.

No sé con qué oscuro instinto estaba dispuesto a aceptar lo que ordenara Mojonero, pero sabía que no iba a reconocer en su cara que tenía miedo de disparar un arma de verdad. Por eso me mantuve firme y no me aculillé, aunque no tuviera sentido estar ahí, y aunque no tuviera nada que demostrarle.

Mojonero me rapó el revólver y bromeó con que ahora yo sí iba a saber lo que era el mundo real. Cargó la recámara y me apuntó en el centro del pecho. A mí se me puso todo el estómago tenso y la piel de gallina, creyendo que me iba a disparar.

Él sonrió:

—No se ponga más blanco que se le nota la anemia, Memito.

Dio un bucle de pistolero al revólver sobre su dedo índice y lo dejó al contrario.

—¿Usted primero?

Negación de mi cabeza sin gestos:

—Después de ti, cariño.

Casi no podía respirar y bregaba a disimular la cobardía apretándome las manos una con otra. Él entonces apuntó al círculo y disparó en dos oportunidades sin dar-



Didier Franco, *Horizonte*

me tiempo de saborear la impresión del rugido. Dos boquetes nuevos en la pared blanca dejaron escapar un tenue polvillo que disolvió la brisa.

Mojonero me pasó el arma y todo hedía a pólvora quemada entre los dos.

—Apúrese antes de que nos vean, güevón.

Cogí el 38 en la derecha, cargué los cartuchos y apunté con firmeza. Pensé en mi madre reprochándome en la reja de una cárcel el estudio que me había dado con tanto trasnocho, y en la ruindad que yo pagaba, y el pulso me empezó a temblar. Pensé entonces en la hija del fotógrafo, y en las veces que su boca me libó el cuerpo y las caricias que me daba, y también en las veces que dejó a mi boca libar su cuerpo y en lo alejado de la delincuencia y en lo feliz y dadivoso que hubiera hecho a mi espíritu si su culo aún estuviera conmigo acompañándome en esta reencarnación, pero no hubo nada. Pensé en la rectora del colegio que había firmado el acta de expulsión de Golondrina, pero no fue suficiente acicate para convocar todo el odio que almacenaban mis odres. Pensé en algo que odiara tanto como para darme el valor de soltar los tiros, pero nada de lo que creía odiar parecía muy real y sólido esta vez. A lo mucho era resentimiento, y ya. Pero nada que ameritara un balazo. Nada que no se pudiera pasar por alto con el zumo de una buena botella de jugos amargos. Entonces pensé en el

rostro que había olvidado del tipo infame que llamaba mi padre, y me llené de convicción. Le apunté al círculo negro de la pared con las dos manos, y zut, le di al centro, y taz, le volví a dar al centro, y no conforme con ello, en medio del furor, descargué todo el revólver por las puertas y ventanas de aquella panadería El Trigo, taz, taz, taz, hasta que, desde adentro, una voz de mujer se puso a gritar:

—¡Dios mío, Dios mío, no disparen, hay niños, somos gente de testimonio, somos gente de paz!

—¡No sea hijueputa! —gritó Mojonero, me rapó el revólver y salió corriendo.

Yo no sabía para dónde correr.

Miré a todos lados y vi una calle lateral desierta. Huí por ahí lejos, lo más lejos que pude de mi pasado, y de Mojonero. Y las lágrimas se me escurrieron de los ojos sin querer, de un vacío terrible y agrio que me embotó el estómago, y de unas ganas intensas de vomitar que vinieron a desprenderme un asco de mis propias tripas cuando entré en el hotel y no pude mirar los ojos de mi madre de la vergüenza y le embarré todo el piso de la habitación con una hiel mal digerida.

Duré ocho días tendido en una cama arrojando mis tripas a un balde hasta recuperar la fuerza de voluntad para seguir viviendo. Nunca dije a nadie por qué no volví a aquella sala de juegos de video.



Didier Franco, *Infante*